

CAPÍTULO PRIMERO

LA REACCIÓN ULTRAMONTANA Y LA RELIGIÓN

§ I.—La reacción y la superstición.

I

El catolicismo es eterno, dicen los apologistas, porque es divino. Ciegos son los que no quieren verlo. En el siglo XVIII se vanagloriaban los filósofos de *aplantar á la infame*. Una revolución gigantesca vino á dar el apoyo de su fuerza á la incredulidad. Y ¿qué resultó de todo ello? Un movimiento religioso comparable al de los más bellos tiempos del cristianismo. No se trata ya de discutir, se dice; es un hecho, y los hechos no se niegan, ó si se les niega, se compromete la causa que se defiende. Efectivamente, la fuerza del hecho es muy grande en nuestro siglo, siglo positivo por excelencia. Esto explica el por qué los protestantes han podido unirse á los católicos para celebrar la perpetuidad del papado; y al verle sobrevivir al naufragio del siglo XVIII y á la tempestad de la Revolución, están á punto de atribuirlo á milagro. ¿Qué importa, dicen ellos, que el poder del soberano pontífice descansa en la ignorancia y la superstición? ¿Qué importa que se apoye en la false-

dad y en la mentira? Todo eso no impide la fe, porque la fe no tiene nada de común con la razón (1). ¡Y los católicos aplauden! Si tuviesen verdadera fe, rechazarían á semejantes auxiliares, porque esos pretendidos aliados se asemejan al verdugo que estigmatiza al delincuente con el hierro candente.

Reconocemos que la fe ha adquirido un ardor llevado hasta el fanatismo; ¿por qué lo habíamos de negar? Casi en todas partes se ha apoderado la Iglesia de la instrucción, y sus mismos adversarios la auxilian, confiando al clero sus hijos y sus hijas. La Iglesia echa mano de la infancia y amolda esa blanda cera conforme á sus conveniencias é intereses; una operación que se parece mucho á la que se dice practicaban los Escitas con sus esclavos; aquel que ha sido preparado á la fe por los jesuitas y jesuitas nunca más llegará á ver los rayos de la luz intelectual; será para siempre esclavo, ó, mejor dicho, cadáver. Así inoculada la fe

(1) Esta es la opinión de MACAULAY (véase la parte novena de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*).

por la educación, será, por lo general, muy sincera, por lo menos en el concepto de que no está inspirada por el cálculo; será, si se quiere, ardiente y fanática, precisamente porque es ciega. Pero ¡qué fe, gran Dios! Alimentada en la superstición, falsea la inteligencia y corrompe hasta el alma de los creyentes.

Calumnia de un librepensador, dirán los católicos. No, nos creeríamos dichosos si se nos pudiera convencer de error. Las nuevas generaciones de ese modo amaneradas, viciadas por la Iglesia, son el porvenir de la humanidad. ¿Qué vendrá á ser si, como nosotros creemos, está emponzoñada en las fuentes mismas de la vida? Mucho quisiéramos engañarnos, pero no vemos el medio de que esto suceda. Se invocan los hechos, y nosotros vamos á comprobarlos á nuestra vez; no será nuestra la culpa si lo que se llama movimiento religioso tiene todas las trazas de una mala caricatura. Nosotros diremos con la Biblia: por el fruto se conoce el árbol. Si son la pequeñez y la bobería las que se ostentan á porfía bajo el régimen de la reacción católica, ¿no probará eso contra semejante resurrección de la Edad Media, que, después de todo, no es más que una parodia?

II

Channing, uno de los hombres más religiosos de nuestra época, dice que el cristianismo ortodoxo favorece la superstición por su dogma; por mejor decir, ese dogma no es más que superstición, puesto que consiste esencialmente en misterios inaccesibles á la razón y que la contrarían. Pues hacer callar la razón es abrir la puerta á la sinrazón: no se sabe ya qué es la verdad y qué es la ficción; el entendimiento se habitúa á prodigios imposibles, y toma gusto á sueños que le transportan á un mundo imaginario. ¿No se ha de llamar escuela de superstición, cuando los pretendidos misterios se enseñan á niños de una edad en que no pueden todavía discernir lo verdadero de lo falso? ¿Hay que extrañar, después de eso, el que los fieles escuchen al primer impostor que se les presente explotando su credulidad? ¿Hay que extrañar que acepten con avidez los milagros y todos los juegos de mano del charlatanismo religioso? (1).

(1) CHANNING, *Discourse at the dedication of the second congregational unitarian church (Discourses, Reviews and Miscellaneous)*, by CHANNING, Boston, 1830, p. 428.

Tenemos sobre esto la confesión del culpable, la confesión de uno de los primeros hombres que ha empujado al mundo católico hacia la senda que está recorriendo; el conde de Maistre llama á la superstición una obra avanzada de la religión, es decir, que hace parte del cuerpo de doctrina, y que, en la opinión de los ortodoxos, sería comprometer la religión el abandonar las creencias supersticiosas que la sirven de defensa; en definitiva, eso es identificar la religión y la superstición. Y no podría ser otra cosa. ¿No es la base del cristianismo tradicional una creencia supersticiosa, ó, mejor dicho, imposible? La divinidad de Cristo ¿no está estrechamente ligada á su encarnación en seno de una Virgen, fuente inagotable de nuevas supersticiones? El mismo Jesús, si nos atenemos á la Sagrada Escritura, ¿no autoriza con su ejemplo los más groseros extravíos de la fe, comenzando por la locura de los poseídos? Cuando la raíz está infestada, ¿cómo había de permanecer sana la planta! (a). El mal se ha hecho casi irremediable desde que una Iglesia poderosa se ha levantado sobre las palabras del pretendido Hijo de Dios. Un cuerpo inmenso de sacerdotes está interesado en cultivar las prácticas supersticiosas, toda vez que son para ellos una cuestión de existencia y de poder. ¿Puede hacerse la luz cuando aquellos que deberían difundirla están interesados en eternizar las tinieblas? Tal es el círculo vicioso en el cual está encerrado el mundo cristiano: la superstición no puede engendrar más que superstición.

¿Se nos argüirá con los innumerables establecimientos de instrucción creados por la Iglesia y sostenidos por sus corporaciones? Sí, las escuelas se multiplican; pero ¿qué importa, si la enseñanza que en ellas se da tiene por fin y por resultado el

(a) Esta crítica de la doctrina y de la vida de Cristo, exageradamente volteriana, ha sido victoriosamente combatida por Edgar Quinet dentro de las propias aspiraciones que declara tener Laurent, y siendo no menos librepensador que éste alardea de serlo. Y la prueba de que el procedimiento adoptado por Quinet, así como por Michelet y por la mayor parte de los escritores de la escuela democrática, es más acertado, y el concepto que se forman del Cristo y de su doctrina es más cierto que el concepto y que el procedimiento de Laurent, se encuentra en que aquéllos no incurrían en las contradicciones en que incurría a cada paso este escritor, el cual pretende fundar sobre el cristianismo, depurado por la filosofía, una nueva religión, después que no ha dejado ni rastro ni religión de cristianismo; y no ya de cristianismo, pero ni de fe, ni de base religiosa. Ni podía ser de otro modo, colocándose, como se coloca Laurent, en el mismo terreno que Voltaire y que Proudhon, tan á propósito para demoler como inadecuado para fundar cosa alguna.—(N. del T.)

anonadar la inteligencia, en vez de desarrollarla? Cuanto más se extiende esa instrucción, más densas se hacen las tinieblas. En otro tiempo, cuando la Iglesia dominaba y cuando su poder parecía hallarse al abrigo de todo serio ataque, se cuidaba muy poco de la instrucción de las masas; florecía la ignorancia bajo el reinado de esa buena madre, y se perpetuó de siglo en siglo, hasta el día en que la sociedad laica puso la mano en la enseñanza. Obligado el clero á seguir ese irresistible impulso, hace alardes de ponerse á la cabeza del movimiento civilizador; pero es para detenerlo y para falsearlo: se apodera de la infancia y de la juventud á fin de sustraerla á la influencia de una instrucción que desarrolle y fortifique la razón, mientras que la Iglesia no cuida más que de ponerla trabas y de cegarla. La acusación es grave; pero ahí están los resultados dando irrefragable testimonio de ello. Creencias y prácticas supersticiosas ¿pueden producir otra cosa más que almas estrechas é inteligencias extraviadas?

Se nos objetará con el movimiento literario que tanta luz irradia en la reacción católica; pero ¿qué pueden producir la razón viciada y la imaginación falseada puestas al servicio del error y de la superstición? Cuando se examina de cerca esa literatura religiosa, se asombra uno de encontrar en ella tantos elementos insanos y corruptores. La prensa periódica representa un gran papel; no negaremos que en ella se encuentran almas creyentes y verdaderos talentos; pero la fama no es de ellos: la multitud aplaude con preferencia á los espada-chines del periodismo, gentes cuya fe es inquebrantable, por lo mismo que no saben nada y no dudan de nada. De ahí su audacia y su temeridad, lo cual ilusiona á los ignorantes y á los incautos, los cuales se imaginan que la verdad está allí donde se hacen afirmaciones con tal seguridad, que, al parecer, no dejan lugar á la duda. ¡Vano prestigio! En vano es afirmar como verdad lo que es falso; el error no por eso deja de ser error.

La historia es el tema favorito de la nueva literatura católica. Los defensores del pasado gustan de acusar á los filósofos de haber alterado los hechos, y tratan de filósofos á todos los que se sirven de sus ojos para ver, advirtiendo que alterar los hechos es para ellos decir la verdad sobre el catolicismo y la Iglesia. ¿Qué viene á ser la historia cuando se la escribe con ese espíritu de reac-

ción? Lo que viene á ser la verdad para aquellos testigos que se presentan con ánimo de engañar á la justicia. La frase es dura, pero no somos nosotros los que tomamos la iniciativa de ese grave cargo; es la historia, no la escrita por los filósofos, sino la que está consignada en los mismos anales de la Iglesia, cuyo poder descansa en falsificaciones gigantescas, en falsificaciones que ha defendido como verdades divinas todo el tiempo que se lo ha permitido la ignorancia general. En el siglo XIX ya no se fabrican falsas decretales, ya no se fabrican falsas donaciones, pero se trata de falsificar la historia, y se hace más, si más es posible: se cultiva la superstición, que no es otra cosa que religión falsificada, resucitando errores que han sido mil veces refutados, errores que tocan á la religión, errores que en otro tiempo rechazaban con enojo doctos religiosos benedictinos y aun jesuitas. Estas falsificaciones son peores que las de la Edad Media, porque se hacen con el premeditado designio de engañar, y los falsificadores quieren hacer creer lo que ellos mismos no creen.

Habría un estudio muy curioso que hacer acerca de esas falsificaciones; nosotros nos limitaremos á algunos rasgos que bastan á nuestro intento. La reacción católica se vanagloria de los progresos que hace en Inglaterra. Hay en ello algo más maravilloso: son los medios que emplea para esparcir las más groseras supersticiones del catolicismo. Se publica allí una historia de la vida de los santos, y los editores tienen buen cuidado de anunciar que las biografías están sacadas de fuentes auténticas. Todo es, por consiguiente, verdad en ese trabajo de santificación, y, sin embargo, es una de esas obras de mentira que nosotros acabamos de denunciar; en ella abundan las falsificaciones. ¿Se creará que en pleno siglo XIX haya osadía para hablar seriamente de San Dionisio Areopagita, el apóstol de las Galias, y del milagroso viaje que hizo después de decapitado, llevándose su cabeza en la mano? (1). ¿Qué dirían los Launoy y los Tillemont si pudiesen leer semejantes enormidades? Sin que se pueda defender la buena fe de los que las refieren, como se ha hecho malamente en nuestro concepto respecto á las falsedades que pululan desde los primeros siglos de la era cristiana. Cuando hombres tan piadosos

(1) *Edinburgh review*, Julio, 1849, p. 170.

como doctos han probado hasta la evidencia que San Dionisio es un mito y que sus milagros son una invención de los monjes, ¿se puede suponer que los que publican hoy la vida de ese pretendido santo ignoran lo que saben los niños? Y si saben que alteran la religión, ¿qué pensar de la ciencia católica y de la obra de tinieblas á la cual está consagrada?

III

Se necesitarían muchos volúmenes para rechazar los errores y las naderías que abundan en los escritos de la reacción; pero nos limitaremos á investigar en el campo inmenso de la ignorancia católica y de la superstición que la acompaña. En el siglo XVI, el abuso de las indulgencias produjo una revolución religiosa. En el XIX ya no se venden las indulgencias en medio de las calles, pero el abuso continúa. Citaremos un curioso rasgo que demostrará al mismo tiempo el celo con que la Iglesia difunde las luces. Los obispos de Bélgica fundan á porfía sociedades piadosas para conciliar y defender la religión católica; entre esas congregaciones brilla la de San José, "esposo de la bienaventurada María siempre Virgen"; tiene por objeto "el de rechazar la peste de los malos libros que se esparcen por todas partes, y que tanto daño hacen á la fe y á las costumbres". ¿Cómo se podría combatir mejor el veneno que con el contraveneno? Las piadosas cofradías de San José se proponen, por tanto, favorecer "la prensa católica". Y lo que acabamos de decir nos lo enseña un breve del papa Gregorio XVI, que lleva la fecha de 1845. Algunos años después, un ministro católico, jefe del gabinete, declaró desde la tribuna que las obras recomendadas á los fieles por los jesuitas, y todos los libros publicados por la prensa católica, producirían el efecto de entontecer á la juventud; de modo que, en su concepto, la prensa católica era el veneno, y propinaba como antidoto las obras proscritas por los reverendos padres, la mayor parte de las cuales se hallan comprendidas en el *Índice*. Esto, en cuanto á los libros serios publicados por la prensa católica. ¿Qué sería si hablásemos de los periódicos ortodoxos? Uno de los hombres más eminentes y más moderados del parlamento belga ha calificado á dos innobles libelistas de *esportilleros ebrios*; y tanto han de-

caído, que, en la cámara, los representantes católicos no se atreven á declararse en favor de tan funestos auxiliares. Tal es la prensa que el santo padre se congratula "en galardonar generosamente con las gracias espirituales que le suministra el tesoro celeste de la Iglesia". Volvamos á las indulgencias de que el papa colma á la piadosa cofradía de San José.

Por de pronto absuelve á los miembros de dicha sociedad de todas las penas eclesiásticas en que pudieran haber incurrido por cualquiera motivo que sea; aunque hubiesen sido excomulgados ó entredichos por haber cometido pecados capitales, quedarán blancos como la nieve, si trabajan en provecho de esa buena prensa que embrutece á la juventud y que vocifera injurias como los *esportilleros ebrios*. Y como los josefinos pueden todavía pecar, aun cuando entregados á esa obra piadosa—el hombre y el josefino también son débiles, y el diablo les tienta—todos cuantos son aficionados á pecar y á procurar su salvación á la vez, procuran entrar en la santa cofradía, puesto que el papa les promete la *indulgencia plenaria y la remisión de todas sus culpas*. Su Santidad es verdaderamente indulgente; previendo que los miembros de San José se verán con frecuencia en el caso de recurrir al tesoro celeste, les anticipa el perdón, é indica veinticuatro días por año, en los cuales los dichos josefinos pueden ganar la indulgencia plenaria; de esos días, doce, uno por mes, quedan á elección de los pecadores, los cuales, por consiguiente, pueden pecar á su gusto, teniendo como tienen á su disposición el tesoro celeste.

Quejábanse antiguamente del rigor de las penitencias católicas; pero desde que los teólogos han inventado el tesoro celeste, no hay nada más fácil. Por de pronto, esto de sabido se calla, todo buen josefino debe suscribirse á un periódico redactado por los *esportilleros ebrios*, y recomendar el alimento espiritual que ofrece á los imbéciles. Ser un imbécil y repartir la imbecilidad es la condición primera de beatitud. Para entrar en el cielo aun se necesita recitar diariamente el *Ave María*, añadiendo tres veces: "San José, ruega por nosotros". Esto no es muy largo, y aun se pueden reemplazar esas invocaciones por una oración que el papa ha hecho todo lo más corta posible, y que él mismo la apellida *oratiuncula*: "San José, protector nuestro,

rogad por mí y por todas las familias belgas para que, libres del contagio de los malos libros y confortados en la fe por la sana doctrina, vivamos cristianamente y lleguemos á la patria celestial por Jesucristo nuestro Señor." ¡Pobre San José! ¡Rogar por todos los que leen malos periódicos ó malos libros! ¡Penoso oficio el que se encomienda al santo! Pero faltaría saber cómo se fortifica la fe leyendo los insultos y las calumnias de los *esportilleros ebrios*, y cómo se consigue la salvación haciéndose imbécil. Pero esto no nos concierne: asunto es propio de los josefinos. Por último, dice el papa, para ganar la indulgencia plenaria se necesita aún recitar cada domingo diez *Ave Marías*, más la corta oración á San José, y tener cuidado de confesarse á menudo y fortalecerse con la Sagrada Eucaristía. En suma, que se puede pecar y se puede ganar el cielo muy fácilmente.

IV

La reacción presta á esas supersticiones una ingenuidad y un *sans façon* que serían encantadores si no se tratase de envenenar el alma humana. Así como se podrían escribir muchos libros sobre las falsificaciones católicas, podría también escribirse una colección de naderías católicas; esta colección tendría la ventaja de divertir al lector, aun cuando en el fondo las naderías no importan menos que las falsificaciones: el objeto es siempre explotar la brutalidad humana. La especulación, que es también uno de los caracteres de nuestra época, de la mano á la superstición, y estas dignas aliadas transforman los templos del Señor en tiendas de feria, con la diferencia de que el charlatanismo religioso produce más que los juegos de cubiletes. ¿Se tomarán nuestras palabras por un insulto? ¡Que se atrevan á acusarnos los que han asistido á la exhibición en Tréveris de la túnica de Jesucristo sin costura, cuando nunca hubo tal túnica sin costura, ó aquellos que han acudido al llamamiento del arzobispo de Colonia para venerar las reliquias de las 11.000 vírgenes, cuyas vírgenes resultan ser soldados romanos y huesos de caballos!

Las reliquias atraen peregrinos, y las peregrinaciones son un excelente negocio para los unguentos del Señor y para los fondistas; es, por tanto, una de las santas obras que la reacción procura fomentar. En la segunda sesión que la asamblea de

los católicos celebró en Malinas, los celosos pusieron la cuestión de las peregrinaciones á la orden del día (1). Hay que convenir que nada es más del gusto de nuestro siglo que las peregrinaciones, según dijo un inglés que asistía al congreso. Y, en efecto, ¿cuándo ha habido más pasión por los viajes que hoy? Y sin embargo de eso, y á pesar de los caminos de hierro, hay muy pocos peregrinos, y sólo se les encuentran en las clases más humildes de la sociedad, es decir, en aquellas en que más reina la ignorancia; pero razón de más para favorecer una práctica tan piadosa, la cual será, dice nuestro católico inglés, "una de las más vigorosas manifestaciones de la renovación religiosa". La incredulidad será vencida, nada más cierto; ni habrá ya necesidad de apologistas. Pero hay un medio más sencillo y más entretenido: ¿queréis convertir á un discípulo de Voltaire? Pues no vayáis á hablarle de los misterios de nuestra santa religión, podría echarlo á broma; proponedle dar una vuelta por el Oriente para dar la vuelta al mundo; llevadle diestramente á la Tierra Santa, y ya veréis cuán súbitamente comprende "la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo".

Nos queda un escrúpulo, y no es la impiedad la que nos le inspira. Los Padres más ilustres de la Iglesia, aquellos mismos que habitaban la Palestina, se mostraron poco edificadas de la moralidad de los peregrinos. Y parece que los abusos son invariables, como la fe de nuestra Santa Iglesia; en el congreso de Malinas declaró un párroco que cerca de su parroquia había un santuario muy frecuentado, y que con frecuencia se denunciaban los desórdenes que producía la confusión de los dos sexos. Hé aquí, pues, una superstición que produce una fuente de inmoralidad. Pero ¿qué importa? Un reberendo padre no vaciló en decir "que, á su parecer, las peregrinaciones tenían un objeto útil, aun cuando no fuesen tan edificantes como se pudiera desear"; son una manifestación en favor de la religión, dijo un abate parisiense, lo cual siempre da un buen ejemplo; y la asamblea aplaudió, quedando declarado en aquella sesión "que las peregrinaciones constituyen un medio eficaz de apartar las plagas y las calamidades públicas". Eso se declaraba en 1864, y en 1866 el cólera hacia estragos

(1) Asamblea general de los católicos en Bélgica, segunda sesión, t. II, p. 76 y siguientes.